

mas divina y mas pura; ó como en la Alzira de Voltaire, que considero como su obra maestra, y donde se presenta verdaderamente poeta y del todo digno de sus dos predecesores.

CAPÍTULO XIII.

Filosofía del siglo diez y siete. — Bacon, Hugo Grocio, Descartes, Bossuet, Pascal. — Mudanza en las opiniones. — Espíritu del siglo diez y ocho. — Cuadro del ateísmo francés y del espíritu revolucionario.

El siglo diez y siete fué rico en grandes escritores, no solo en el dominio de las bellas letras, en el poema y en el arte de la elocuencia, sino aun en las ciencias y en la filosofía. La filosofía y el modo de pensar del siglo diez y ocho, que se derramó sobre todas las partes de la literatura y que ha llegado á ejercer una influencia tan decisiva sobre los destinos de la humanidad y de las naciones, fué determinado por algunos profundos pensadores del siglo décimo séptimo, aunque despues se hayan desviado en parte considerablemente del espíritu, de las intenciones y de las miras primitivas que abrigaban los inventores y los fundadores célebres de ese nuevo modo de pensar. Es necesario que caracterize por medio de grandes rasgos á Bacon, Descartes, Locke y algunos otros héroes del siglo décimo séptimo, para que pueda esponer claramente y hacer comprender bien á mis lectores todos los resultados intelectuales y morales que Voltaire y Rousseau han producido, no solamente sobre la Francia, sino aun sobre toda la Europa, y en general sobre el espíritu del siglo décimo octavo.

Vióse durante el siglo diez y seis prolongarse la lucha de las fuerzas rivales, y solo hácia el fin de aquel siglo empezó el espíritu humano á tranquilizarse y á volver del fuerte sacudimiento que habia experimentado. El siglo diez y siete vió nacer esos nuevos métodos de observacion y de reflexion, á los que se acababa de abrir camino, despues del restablecimiento de la antigua literatura, despues de la estension dada á las ciencias naturales y á la geografia, y despues de la comocion general y de la division en la creencia religiosa obrada por el protestantismo. De los autores que acabo de nombrar, Bacon es el que merece ocuparnos primero; él ha llegado á ser el padre de la fisica nueva, conduciendo el ardor del saber y el genio de la investigacion, de las vanas sutilezas de palabras de la escuela muerta, á la esperiencia, á la práctica y sobre todo á la naturaleza viva: ha hecho y llevado á cabo descubrimientos numerosos y verdaderos; y presentido, ó casi adivinado muchos otros. Fecundizadas por ese genio extraordinario y poderoso, todas las ciencias basadas sobre la esperiencia han hecho progresos inmensos y han sufrido totales mudanzas; de ahí han tomado las luces generales, y aun pudiera decirse todo el modo de vivir de la Europa moderna, una forma del todo diferente, que ha tenido en gran parte á este filósofo por primer fundador. Fué sin duda una cosa vituperable, temible y aun espantosa en sus efectos y en sus resultados estremos, que en el siglo diez y ocho los sucesores y adoradores de Bacon quisiesen, armándose de sus doctrinas, sacar de la esperiencia y del mundo de

los sentidos, lo que no podia encerrarse en ellos: la ley de la vida y de las acciones, el conjunto de las creencias religiosas y la esperanza; y que desechasen con un frio desprecio, como extravagante, toda esperanza y todo amor que la esperiencia sensible no confirmase al parecer inmediatamente. Pero todo esto era contrario al espíritu, al modo de pensar, y á las miras del fundador de esa filosofia: solo recordaré de él aquella sentencia, que, aun en nuestros dias, no ha envejecido: «Que la filosofia que se detiene en la superficie de las cosas y no hace mas que tocar someramente los objetos sobre que versa, conduce á la incredulidad y al ateismo, mientras que la adoracion de la divinidad y la firme creencia en ella, sacadas de manantiales mas profundos, lo confirman y fortifican todo poderosamente.» No solo en materia de religion, sino aun en las ciencias naturales, ese profundo pensador creia muchas cosas que sus partidarios y admiradores de los tiempos posteriores hubieran condenado como una pura supersticion. No puede decirse tampoco que esas eran solo creencias muertas, admitidas sin exámen, ó una preocupacion de su educacion y de su siglo, de que no habia aun podido despojarse; pues sus opiniones sobre semejantes materias del mundo intelectual llevaban en su mayor parte el sello de su espíritu perspicaz y eminentemente original. Tenia tanta sensibilidad en el alma, cuánta inventiva en el talento; y aunque el mundo de la esperiencia se hubiese presentado á él bajo un aspecto enteramente diferente, esa region superior y digna del mundo intelectual, que se halla á tanta altura de la es-

perencia sensible ordinaria, no había desaparecido ni se había hecho invisible á sus ojos. La opinion siguiente, que ha emitido sobre la esencia verdadera de una consideracion de la naturaleza, filosófica y exacta, probará cuan poca parte tuvo él, no diré en el materialismo grosero de sus sucesores, sino aun en el panteísmo que en el siglo décimo octavo nació en Francia y en algunas partes de la Alemania, de las ciencias naturales que habian hecho tantos progresos y que se habian enriquecido con tantas observaciones. Pretende que la filosofia de la naturaleza de los antiguos era viciosa, porqué estos consideraban la naturaleza como una imágen de la Divinidad, mientras que, conforme á la verdad y segun las doctrinas del cristianismo, solo el hombre puede ser llamado una imágen del Criador, porqué la naturaleza no es un espejo, ni un reflejo, ni una imágen de la Divinidad, sino la obra de sus manos. Bacon entiende aquí por filosofia de la naturaleza de los antiguos, como se ve ya por el resultado general que le atribuye, no tal ó cual sistema en particular, sino en general lo que los antiguos sabian y pensaban mejor en cuanto á filosofia natural; y por ello queria quizas hablar no solo de su ciencia de la naturaleza propiamente dicha, sino aun de su mitología y de su religion natural. Si segun la doctrina del cristianismo, Bacon concede al hombre solo, la prerogativa de ser llamado una imágen de la Divinidad, esto no debe entenderse como si esa dignidad y esa noble condicion perteneciesen al mismo, por ser el punto mas elevado, el verdadero brillo y la esencia intelectual mas

variada de la naturaleza; pues segun él, esa similitud que le ennoblece le cupo inmediatamente en suerte por efecto del amor y de un soplo de la Divinidad. Esa expresion figurada, «la naturaleza no es un espejo donde se refleja la Divinidad, ni su imágen, sino la obra de sus manos,» comprendida en toda su profundidad, encierra la esplicacion perfecta de la verdadera relacion que existe entre el mundo de los sentidos y el mundo intelectual, la naturaleza y la Divinidad. Significa ante todo que la naturaleza no se ha producido á sí misma, sino que Dios la ha creado para un fin determinado; y en general, esas simples expresiones de Bacon sobre la filosofia de la naturaleza de los antiguos, sobre la filosofia propiamente dicha, y sobre la del cristianismo, constituyen una regla fácil de concebir y claramente espresada para comprender el verdadero centro entre una adoracion de la naturaleza, que olvida á Dios, y ese sombrío aborrecimiento de la misma donde cae con la mayor frecuencia una razon limitada, que, reconcentrada únicamente en el mundo moral, no se halla en estado de explicarse la naturaleza, y solo comprende por lo tanto muy imperfectamente las cosas divinas. La distincion exacta y la verdadera relacion entre la naturaleza y la Divinidad, son el punto mas importante, no solo para el pensamiento y para las creencias del hombre, sino aun para su conducta y para la vida. Este asunto y la sentencia de Bacon que contiene el resultado propiamente dicho de todo su modo de pensar sobre la naturaleza, merecian tanto mas que yo los mencionase, cuanto que aun en nuestros dias la filosofia se inclina

hacia uno ú otro de estos dos extremos : el de una divinizacion de la naturaleza , que no distingue al Criador de sus obras , ni á Dios del universo ; ó el del odio y denegacion de esos menospreciadores de la misma , cuya razon está esclusivamente reconcentrada sobre su *yo*. El justo medio entre esos dos opuestos errores , ó la verdadera intuicion de la naturaleza , se manifiesta á la verdad inmediatamente por el sentimiento de nuestra alianza íntima con ella , pero al mismo tiempo tambien por el juicio interior del intervalo inmenso que nos separa y nos eleva sobre la misma , y ademas por la investigacion religiosa y la admiracion de cuanto en la naturaleza anuncia algo diferente y mas sublime que ella , que existe solo y por sí mismo ; signos que llenos de amor ó terribles , revelan como un código invisible , ó como un oráculo , la mano que la creó ó el fin para que fué destinada.

La influencia que Hugo Grocio ejerció , en el siglo diez y siete y en gran parte del diez y ocho , sobre el mundo práctico y político , así como sobre la moral de las naciones en sus relaciones respectivas , no fué menor que la de Bacon sobre la filosofia y sobre el espíritu humano en general ; y fué evidentemente una influencia muy feliz y saludable. En efecto , roto ya el lazo religioso que unia antes á las naciones del Occidente en un solo cuerpo político , y haciéndose la política de Maquiavelo , que para nada tenia en cuenta la justicia y lo que hay de sagrado entre los hombres , cada dia mas y mas la regla segun la que se obraba , fué un beneficio inmenso dar de nuevo á la Europa , que se aniqui-

laba por sí misma en las guerras civiles , un derecho general para los pueblos separados por sus creencias religiosas , inflamados por las pasiones , estraviados y engañados por una política falaz. Así es que la doctrina de Grocio fué reconocida desde entonces como una regla. Es un pensamiento consolador ver que un sabio , un pensador haya podido , sin otro poder que el de su genio y de una voluntad noblemente inspirada , llegar á ser de este modo el verdadero fundador de un nuevo derecho de gentes : lo cual al mismo tiempo que le adquirió el aprecio de su siglo , le ha merecido la veneracion y el reconocimiento de la posteridad. Considerado como sistema , el derecho de gentes fundado é introducido por Hugo Grocio y sus sucesores parecerá muy defectuoso , y con mucha dificultad podrá sostener la prueba de las objeciones de un escéptico. El lazo religioso de la antigua union política de los Estados de Europa no podia , propiamente hablando , ser reemplazado : en falta de ese lazo , roto ya , la justicia solo se fundó principalmente sobre el destino y las disposiciones sociales innatas en el hombre , y que le pertenecen de un modo tan esencial como necesario. Cuanto mas exclusivamente fundaron los sucesores de Grocio el derecho general sobre la naturaleza y sobre la razon , derivándolo de esas fuentes torcidas ; tanto mas dejaron á un lado la relacion de la justicia con su origen primero , y mas imposible era que la teoría del derecho de gentes y aun la diplomacia no se estraviasen de una parte en un océano de sutilezas y de controversias hasta cierto punto insolubles , y de otra , que no fuesen llevadas á

consecuencias del todo bárbaras y erróneas. En efecto, ¿qué no se ha hecho del derecho natural y de la política fundados sobre la razón, en la última mitad del siglo décimo octavo, tanto bajo el aspecto de la teoría como bajo el de la práctica? Fué con todo una gran dicha que ese derecho de gentes, de nuevo derramado y reconocido generalmente desde Grocio, pudiese oponer un dique suficiente, á lo menos durante un siglo entero y todavía mas, al torrente de la desorganizacion que empezó á ejercer sus estragos de 1648 á 1740. Graves y públicas injusticias fueron á la verdad cometidas por parte de un Estado con respecto á otro; pero esas injusticias escitaron reclamaciones generales. Era ya una gran ventaja que el poder y la ambicion se hallasen molestados por diversas formalidades jurídicas, y se viesen obligados á observar á lo menos una apariencia de justicia. De 1740 á 1772, los efectos benéficos de semejante estado de cosas se hicieron todavía sentir, y aun, si bien en menor grado, desde la época en que la justicia europea experimentó un segundo ataque grave y general, hasta los tiempos mas recientes en que se han visto cambiar totalmente las relaciones de los Estados y de los pueblos, y al mismo tiempo dejar á un lado las reglas seguidas hasta entonces, y que ya no se consideraban aplicables.

Entre los escritores que han ejercido la influencia mas grande y decisiva sobre el mundo práctico y sobre las relaciones políticas de Europa, aparece en primera línea Grocio; habiendo sido su influencia la mas saludable de todas, sea que la comparemos á la que Maquia-

velo ejerció antes de él, sea á la que Rousseau obtuvo despues.

Ademas del trabajo que se habia tomado para restablecer y hacer renacer la justicia y su teoría, Hugo Grocio esforzóse con la misma energía de voluntad en presentar la verdad de la religion sostenida de las pruebas mas convincentes y mas irresistibles. Uno de los resultados indirectos del protestantismo fué que la religion continuó siendo un objeto de controversia, y que fué por consiguiente considerada mas y mas como asunto del ingenio; lo que por otra parte existia ya primitivamente en el ánimo del fundador de la segunda secta de los Protestantes, es decir en el de Calvino. En ese ensayo, que apareció cada dia mas como una necesidad de la época, Grocio ha tenido muchos sucesores, y la intencion que tuvo al componerlo es incontestablemente de las mas laudables; pero considerada en sí misma, esta obra pudiera ser mas bien tenida por una prueba de que el sentimiento religioso debia haber perdido ya mucho; pues lo que segun su naturaleza particular, no puede ser mas que una cosa de sentimiento y de creencia, empezó á ser tratado mas bien como asunto del dominio del espíritu, y á ser considerado como objeto de una discusion científica; y finalmente, ya que hasta las verdades de la religion, todo fué decidido como un proceso, y se quiso, como lo intentó Pascal mas tarde, dar á estas una solucion satisfactoria cual á un problema de geometría. No puedo hallar la filosofía y el modo de pensar de Descartes tan meritorios como los de estos dos hombres. Su influencia sobre su siglo, así como

sobre el siguiente, fué mas bien peligrosa y propia para estraviar los espíritus que saludable y verdaderamente ventajosa para las ciencias. Paréceme que Descartes nos suministra en general la prueba de que se puede ser como él (y su siglo reconociéndole efectivamente por tal), un gran matemático, según el método usado y practicado hasta ahora en esa ciencia, sin ser por eso un filósofo muy hábil. A la verdad, las hipótesis y los torbellinos de donde pretendia hacer derivar en física no solo las individualidades de la naturaleza, sino aun el origen del universo, hace mucho tiempo están olvidados. Por punto general, su sistema solo ha gozado de una celebridad pasajera, y no se ha derramado comunmente fuera de Francia: á pesar de eso, sus hipótesis filosóficas y sus torbellinos no han dejado de ejercer una influencia manifiesta y prolongada sobre el espíritu del siglo décimo séptimo, y por la misma razon tambien sobre el del décimo octavo. Su método principalmente, ó, como él se espresa, su modo particular de empezar la filosofia, ha hallado muchos imitadores. Quiso ser pensador original en toda la estension de esta palabra: para lograrlo tomó el partido de olvidar enteramente todos sus conocimientos adquiridos, todas sus creencias y todos sus pensamientos, y de volver á empezar enteramente de nuevo. Es fácil de concebir que ese pensador original no ha tenido consideracion á los filósofos y sabios que lo habian precedido; que desechó enteramente su autoridad, y consideró todos sus esfuerzos cual si no hubiesen existido. Si fuese posible cortar de un golpe y á merced de un ca-

pricho, el hilo de todos los pensamientos que nos han sido comunicados, pensamientos á los cuales nos ha unido ya la lengua de un modo indisoluble, las consecuencias que se originasen solo pudieran ser funestas y desorganizadoras. Equivaldria á creer que era posible, en el mundo político, detener y reprimir durante algun tiempo el resorte de la vida pública, y substituir repentinamente á la constitucion que se ha formado una nacion en el decurso y en medio de las vicisitudes de los tiempos, un sistema mejor de ruedas y de resortes, ó bien una constitucion perfecta, basada sobre los principios de la pura razon de Estado. Hacedos mil años, que la historia de la filosofia justifica suficientemente que es tan difícil alcanzar la verdad por semejante olvido y semejante proscripcion súbita de todo lo pasado, como una buena constitucion. La consecuencia mas natural es pues que no se conocen y así que no pueden evitarse los primeros pasos falsos que de ordinario da el espíritu cuando intenta buscar de nuevo la verdad con sus propias fuerzas; de modo que el espíritu humano renueva inútilmente y hasta considera como descubrimientos, errores que se han cometido un millon de veces por las mismas causas, y que han sido ya refutados y modificados hasta lo infinito. En cuanto al olvido total de lo que ha sido hecho y aventurado por los que nos han precedido en el decurso de los tiempos, es de tal modo imposible observar rigurosamente las vias de la independéncia y de una perfecta libertad de espíritu y de pensamiento, que Descartes no es el solo de esos pensadores independientes que desprecian y

prescinden absolutamente de cuanto ha sido dicho y hecho con anterioridad á ellos, cuyas opiniones mas originales y pretendidos descubrimientos no son, en último resultado, mas que ideas tomadas de sus predecesores, aunque estén espresadas de otro modo y presentadas bajo una forma diferente; pues con frecuencia son tan solo sacadas de recuerdos vagos y acompañadas de cierta ilusion de amor propio, sin que sus autores sepan clara y fijamente de donde las han tomado. Se atribuye un gran mérito á Descartes por haber distinguido del modo mas preciso, el espíritu, de la naturaleza. Debe parecer extraño y admirable, que se haya podido considerar como una cosa tan nueva y tan original la distincion reconocida y establecida entre el pensamiento y el cuerpo: pero habiendo concebido Descartes esta distincion de un modo puramente matemático y muy poco satisfactorio, nada se ganó en ello, porqué se enredaron en dificultades insolubles sobre la diferencia que existe entre el alma y el cuerpo, y sobre la cuestion de cómo podia verificarse que el alma obrase sobre el cuerpo y el cuerpo sobre el alma. En general, desde Descartes, la suerte de la filosofia fué flotar siempre indecisa entre el *yo* y el mundo exterior de los sentidos: ora se queria hacer derivar todo esclusivamente del *yo*; ora se arrojaban á todo trance en el mundo de los sentidos, para sacar de alli todas las verdades imaginables, aun esas verdades morales y divinas que no puede contener. Pero, en ambos casos, la conexion entre el *yo* y el mundo exterior de los sentidos permaneció del todo incomprendible, porqué se habia perdido enteramente de vista

la region superior divina, que es la base de uno y otro, y cuya sola luz puede aclararlos y explicarlos. Faltaba al alma un intermedio para hacer llegar el espíritu al conocimiento, y para establecer una armonía en el mundo estrinseco como obra del Criador. La filosofia de aquella época estaba en general prendada de la conciencia abstracta del pensamiento dialéctico, en cuyo dominio no puede jamas ser hallada la verdad, y donde no puede conservarse pura, aun cuando hubiese sido encontrada ó dada de antemano. La luz superior del conocimiento espiritual, aunque inseparable de la religion, no habia sido nunca completamente presentada bajo el aspecto científico: solo se habian escapado algunos rayos aislados, interrumpidos, y como libertados de la opresion en que habia caido toda ciencia viviente durante la dominacion del racionalismo. Se hace tambien un mérito á Descartes de haber probado la existencia de Dios por la razon, con la misma precision que un problema de geometría: este mérito, si debe considerarse tal, no le pertenece; pues todo esto está literalmente tomado de los antiguos filósofos de la edad media, á los que sin embargo aja tan fuertemente Descartes, lo mismo que su siglo. Pero es evidente que habian hecho esto en un sentido y con un espíritu del todo diverso del de Descartes y de los tiempos posteriores, en los que se apeló sobradamente á las pruebas racionales. La mas sublime de las verdades, de la cual podemos sin duda convencernos de un modo del todo diferente de las otras y con no menos solidez, la que habia llegado á ser el espíritu de la vida interior, el centro de las demas